

19

M. N. N.

# CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SR. DOCTOR

D. MAXIMIANO FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTO

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA

## OBISPO DE TERUEL

DIRIGE

AL TOMAR POSESIÓN DE SU DIÓCESIS

Á LOS FIELES DE LA MISMA



GRANADA

IMPRESA DE DON JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1891

17232424.

CARTA PASTORAL

C
38
15(19)

R. 29993

# CARTA PASTORAL

QUE EL HMO. SR. DOCTOR

D. MAXIMIANO FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTO

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA

## OBISPO DE TERUEL

DIRIGE

AL TOMAR POSESIÓN DE SU DIÓCESIS

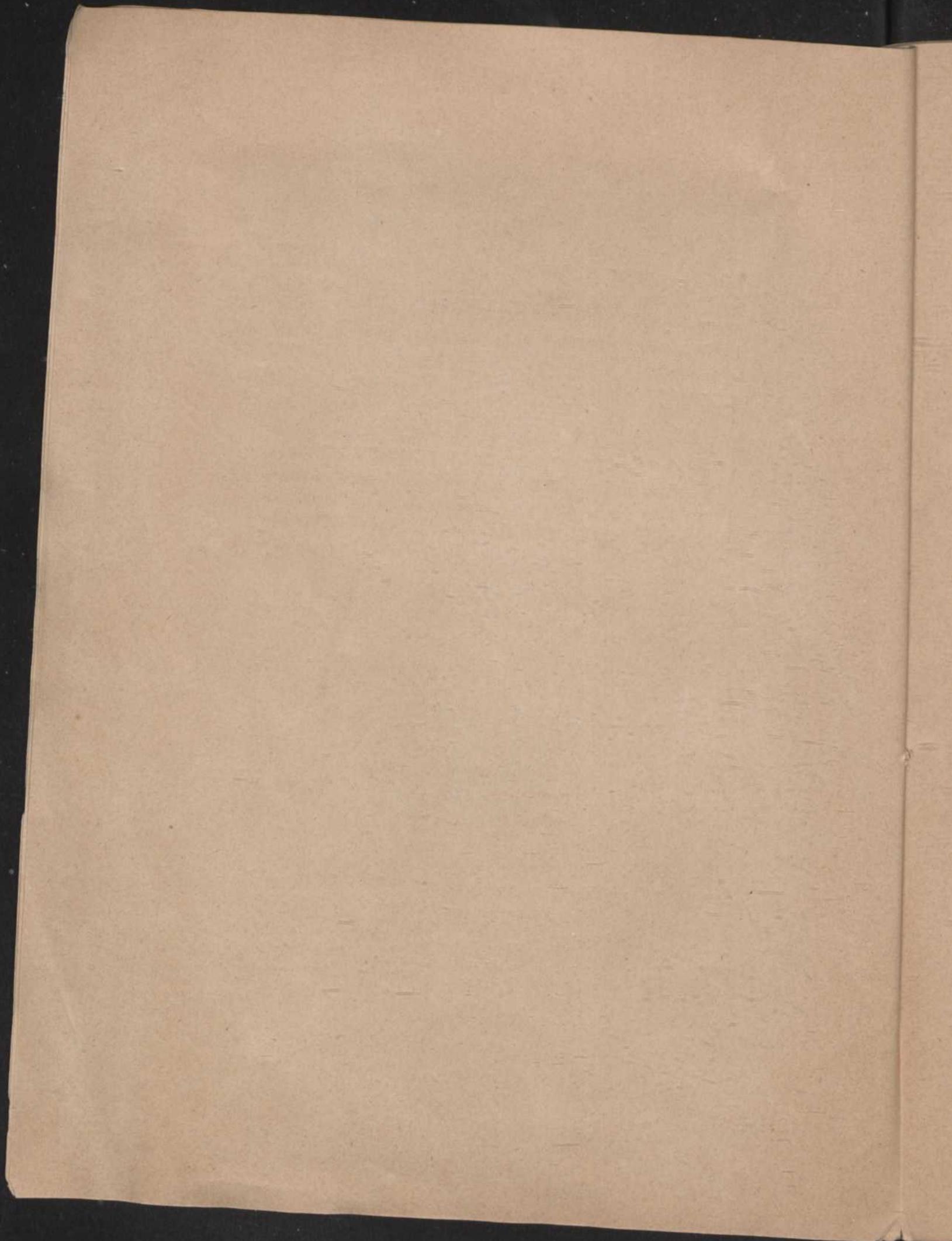
Á LOS FIELES DE LA MISMA



GRANADA

IMPRESA DE DON JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1891





J. M. J.

NOS EL DOCTOR D. MAXIMIANO FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTO,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO  
DE TERUEL.

Á nuestros venerables hermanos el Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos y demás Clero de la Diócesis; á las respetables Autoridades que tienen jurisdicción y mando en ella, como también á nuestros muy amados hijos los Seminaristas; á nuestras amadisimas hijas las Religiosas y Hermanas de Caridad, y á todo el pueblo fiel: salud, paz y gracia en nuestro Señor Jesucristo.

Hoc est præceptum meum, ut diligatis  
invicem sicut dilexi vos.  
*Ev. de S. Juan, c. XV, v. 12.*

I.

**S**E acerca, V. H. é H. M., el día en que, por la divina Providencia, iré á vosotros; y está mi espíritu agitado y conmovido por muy contrarios sentimientos. De una parte, considerando la escasez de mis fuerzas, no puedo menos de temer ante la magnitud del cargo; y de otra me fortalece y abre mi pecho á la esperanza la convicción de que me lleva Dios á esa Iglesia; y puesto que su voluntad santísima lo dispone, me socorrerá con los auxilios que para el cumplimiento fiel de mis arduos deberes son necesarios.

Bien merecéis vosotros, por vuestra fe y piedad no desmentidas, un Pastor más adornado de ciencia y de virtudes; pero el Señor, eligiendo á este su siervo inútil, habrá que-

rido tal vez poner á prueba vuestra humildad y confundir mi soberbia: si así fuere, tócanos adorar los designios de su eterna sabiduría; y considerando que los juicios de Dios están siempre justificados en sí mismos (1), vosotros recibiréis la divina enseñanza de mis indignos labios; yo tendré ocasión de humillarme y satisfacer á la Justicia del Altísimo, trabajando con celo en la hermosa obra de vuestra salud espiritual; y acaso encuentre, por ir á gobernar esa Iglesia, la eterna dicha en que se cifran todos mis deseos, y á que tienden, por la misericordia de Dios, mis aspiraciones.

He pedido al Señor fervorosamente que me librara de tan tremenda responsabilidad, y no impusiera sobre mis hombros un peso al cual, como el Santo Concilio de Trento dice, «temerían los hombros de los Ángeles» (2): he resistido cuanto me fué posible; y sólo la consideración de que Dios nuestro Señor lo quería, sólo el temor de incurrir en desobediencia, pudo hacer que, dejando á un lado mis aficiones, mis hábitos y los vínculos con que me ataba la caridad de Jesucristo, me decidiera y aceptara, negándome á mí mismo, y me abrazase á la cruz que nuestro Salvador me ofrecía.

Empero entendido que, á pesar de la repugnancia que á recibir la dignidad episcopal yo he sentido siempre, una vez decidido á tomar sobre mí la penosa carga, por mandármelo Dios, voy resuelto á no tener otra voluntad que la divina, y á trabajar como soldado de Jesucristo, deseando, hijos de mi alma, no sólo predicaros el Evangelio, mas también dar por vosotros, si necesario fuere, la vida, porque sois para mí carísimos (3), como dados por Dios á mí para conquistar el cielo con vosotros.

(1) Ps., cap. XVIII, v. 10. *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa.*

(2) Sess. VI, c. I.

(3) *Cupidè volebamus tradere vobis non solum Evangelium Dei; sed etiam animas nostras, quoniam charissimi nobis facti estis.*—Thes., 52, v. 8.

Voy, pues, única y exclusivamente por amor al deber, ó sea por amor á Dios; la caridad de Cristo me aprieta y estimula (1); y si yo por amor á Dios asumo la responsabilidad de apacentaros y guiaros por los caminos del cielo, es evidente que voy lleno de amor hacia vosotros; voy porque os amo, puesto que voluntad de nuestro Señor es que os ame y me consagre á su servicio sirviéndoos en la santificación de vuestras almas; y con facilidad comprenderéis que si á tanto nos obliga la caridad para con Dios, en ninguna otra cosa podremos más perfectamente servirle, que cumpliendo aquella recomendación del Salvador, hecha en términos tales que parece cifrar en sí todos los preceptos de nuestra Santa Ley, á saber: Mi mandamiento es que os améis los unos á los otros.

Considerad, venerables hermanos é hijos amadísimos, que la caridad mutua es el tema constante de las predicaciones bíblicas, la más necesaria de todas las virtudes, centro, digámoslo así, de todas ellas, y el grande y universal remedio de los presentes males: así es, que al dirigiros por primera vez la palabra, he ereído, puesto que la caridad no más me lleva, que ninguna otra enseñanza más oportuna podía en estos momentos solemnísimos ofrecereros, sino la última del Salvador, la que llamó *su mandamiento*: que os améis mutuamente.

## II.

Y en verdad, debe ser suma la importancia de tan grande virtud, cuando la vemos recomendada eficazmente, así en el antiguo como en el nuevo Testamento. Unas veces indica el Señor esa eficacia diciendo (2), que si el odio suscita riñas,

(1) Charitas Christi urget nos.—2 ad Cor., cap. V, v. 14.

(2) Odium suscitatur rixas et universa delicta operit charitas.—Prov., capítulo X, v. 12.

la caridad cubre todos los delitos, de manera que abre los caminos á la misericordia divina, que olvida nuestros pecados, si arrepentidos le ofrecemos la posible compensación en el amor á nuestros semejantes y en dispensarles beneficios. Y no es por cierto extraño que se declare con tanta elocuencia el poder soberano de la caridad, cuando Dios, por medio de su profeta Daniel, intimó al rey Nabucodonosor que redimiera sus pecados con limosnas, y sus iniquidades con misericordias, en favor de los pobres (1). Parece tan hermosa virtud un fuego divino que, incendiando los corazones, consume todo lo que hay en ellos de amor terreno y de miserias humanas, y los transforma y diviniza para que sólo el amor de Dios haga morada en ellos, y se limpien y purifiquen de las escorias que deja en pos de sí la culpa. Y así es en verdad, pues, si amamos al prójimo por Dios, ya nos reconciliamos con la Majestad del Señor ofendida, y es fuerza que arrojemos de nuestros corazones el pecado.

Ved por qué ponderaba el Eclesiástico las excelencias de la congregación de hombres justos, hijos de la sabiduría, diciendo que consiste su naturaleza en reinar en ellos la obediencia y el amor, es decir, que conoceremos la sociedad de los buenos por la caridad que ostentan sus obras: indicio es por tanto de que los hombres temen y aman á Dios, guardan su ley santísima y aspiran á conseguir la eterna dicha, practicar la caridad con el prójimo: así es que los antiguos mandamientos, en el ejercicio de tan hermosa virtud pueden resumirse.

No lo dudéis. ¿Qué otra cosa preceptuó el Señor al pueblo escogido, cuando por medio de Moisés le dió la expresión de la divina voluntad, escrita en las dos tablas de piedra, sino

---

(1) *Peccata tua eleemosinys redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum.*—Dan., c. IV, v. 24.

amor, caridad del hombre para con su Dios en los tres primeros mandatos; y amor, caridad del hombre para con sus semejantes en los siete últimos, admirablemente ordenados para regular nuestras acciones, cohibir los apetitos y santificar los vínculos que unen á los diferentes miembros de la sociedad humana? Después de habérsenos mandado amar á Dios, honrar su nombre y rendirle homenajes y alabanzas, en lo que se compendian todos nuestros deberes para con la Divinidad, se nos manda el amor á los padres, más que por el lazo de la naturaleza, por la potestad que de parte de Dios ejercen; y de aquí que se incluya en ese mandato la obediencia, el amor á cuantos ejercen autoridad, pues sólo por Dios la ejercen, porque toda potestad de Dios se deriva (1); y ordenada la sociedad doméstica, y puesto en salvo el principio de autoridad, se nos declaran los deberes que con el prójimo nos ligan, retrayéndonos de lo malo é impulsándonos, por lo mismo, á lo bueno, según la expresión que había de consignar en sus salmos el real profeta (2); y aparece así en este código admirable, preceptuada bajo diversas formas la caridad.

No será, pues, maravilla que nuestro divino Salvador redujese á dos todos los preceptos de la ley, á saber: amar á Dios el primero, y amar al prójimo el segundo, llamando á éste semejante al primero, y añadiendo que á esto se reduce cuanto la ley comprende y cuanto anunciaron los profetas (3).

Y en verdad, ya hemos visto, respecto á lo primero, que los mandamientos consignados en el Decálogo no contienen otra cosa, en suma, sino la hermosa ley de la caridad; respecto á lo segundo, ninguna duda se nos puede ocurrir si

(1) Non enim est potestas nisi á Deo.—Rom., cap. XIII, v. 1.

(2) Diverte á malo et fac bonum.—Pp. XXXIII, v. 15.

(3) Diliges Dominum Deum tuum... hoc est maximum et primum mandatum secundum autem simile est huic.—Diliges proximum tuum sicut te ipsum.—S. Mat., cap. XXII, v. 37, 38 y 39.

atentamente meditamos cuál pudo ser el fin de las profecías. ¿Qué anunciaron sino la Redención? ¿Y cómo se había de hacer la Redención sino por medio del Sacrificio, como expresa el Apóstol San Pablo cuando dice que no hay perdón de los pecados sin efusión de sangre? (1) ¿Y qué lleva en sí el Sacrificio sino el amor?, ¿y de qué puede ser fruto sino de la caridad, como declaró nuestro Señor en Jerusalén hablando con Nicodemos, y diciendo: «Así amó Dios al mundo, dando á su Hijo unigénito?» (2). Los profetas, pues, anunciaron la grande obra de la caridad de Dios, obra que se realizaría en la tierra para santificar á los hombres, depositando en nuestros pechos la semilla de tan hermosa virtud, como decía San Pablo: «La caridad ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se ha dado á nosotros» (3).

Así es que nuestro Señor Jesucristo predicaba constantemente la caridad, y la enseñaba con su ejemplo; y entre otros lugares elocuentísimos del Sagrado Evangelio, podemos considerar aquellas divinas frases que hallaréis en el sermón de la Montaña: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian;» tres grados admirables que para la práctica de la caridad propone nuestro divino Salvador: el primero, no negar á nuestro prójimo, aun cuando fuere nuestro enemigo; antes bien dedicarle los afectos de nuestro corazón; el segundo, hacer en obsequio suyo aquellas obras que, socorriendo sus necesidades, patentecen que le amamos; y el tercero, llegar á la perfección del sacrificio pidiendo al Dispensador de todos los bienes gracia y misericordia en favor de los que nos persi-

---

(1) Sine sanguinis effusione non fit remissio.—Hæb., c. IX, v. 22.

(2) Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret.—S. Juan, cap. XXXIII, v. 21.

(3) Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis.—Rom., c. V, v. 5.

guen, y aun de los que más daño nos hacen: de los que nos calumnian (1).

Bebiendo en las fuentes de aquesta celestial enseñanza, los Apóstoles pusieron por tema ordinario de su predicación la doctrina de tan grande virtud.

Habiendo dicho el Señor por medio de su profeta Oseas, «Los atraeré con cuerdas de Adán, con vínculos de caridad» (2), explicaba el Apóstol que recibió sus inspiraciones inmediatamente del pecho de Jesucristo, esa operación del Altísimo diciendo: «En esto hemos conocido la caridad de Dios: en que ha dado la vida por nosotros,» y deducía la consecuencia práctica, porque inmediatamente añadía: «Y nosotros debemos dar la vida por los hermanos.» Admirable y divina enseñanza: recomendando el mutuo sacrificio, declara que sólo el amor, la caridad, es vínculo de unión entre los miembros de la humana familia, puesto que por la caridad ha restablecido nuestro Señor Jesucristo los lazos que han de unir al hombre con su Dios. Y se comprende bien que así sea, pues, ó no entendemos lo que nuestro divino Salvador hizo por la humanidad en general, y en particular por cada hombre, ofreciéndose á la justicia de su Eterno Padre, para redimirnos en el afrentoso madero de la cruz, ó hemos de convenir en que á tan grande abnegación y á tanto sacrificio se ha de corresponder con sacrificio proporcionado y abnegación conveniente; y ofrecido todo ello á Dios por los mismos fines: de otro modo llevaremos sin fruto el carácter y nombre de cristianos.

Y por cierto que tan celestial doctrina fué predicada por los Apóstoles, no sólo de palabra, sino muy principalmente con el ejemplo; y así es que decía San Pablo, escribiendo á los

(1) Diligite inimicos vestros benefacite hiis qui oderunt vos, et orate pro persecuentibus et calumniantibus vos.—S. Mat., c. V, v. 44.

(2) In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.—Os., c. XI, v. 4.

fieles de la ciudad de Filipos, lo siguiente: «Mi vivir es Jesucristo, y en morir veo ganancia, y si viviendo en la carne puedo encontrar aquí el fruto de mi trabajo, ignoro lo que deba elegir. Constreñado estoy por dos sentimientos encontrados, teniendo deseos de disolverme y estar con Jesucristo, lo cual es mucho mejor, y juzgando por otra parte necesario permanecer en esta vida por el bien de vosotros, y esperando que aun viviré y permaneceré para todos vosotros, para vuestro aprovechamiento y gozo de fe; para que vuestro regocijo en Cristo Jesús abunde por mí, por causa de mi advenimiento á vosotros: únicamente os exijo que sea vuestra conducta digna del Evangelio» (1). Bendito sea Dios que inspira tan generosos sentimientos: ved ahí al Apóstol que inculca la necesidad de que los fieles sean caritativos, que predica esa celestial virtud con el ejemplo de su vida, consagrada constantemente al servicio de su Dios y al bien de las almas, y que deseando con ardor la eterna bienaventuranza, no sabe si elegir su permanencia en este mundo; y de que así acontezca, se goza en cierto modo por la santificación de los fieles que le había el Señor encomendado. ¡Bendito sea Dios, V. H. é H. M., y pedidle muy fervorosamente que yo sea digno de imitar ese nobilísimo ejemplo!

Tales son las recomendaciones que de la caridad encontramos en los Sagrados Libros, sin contar otras muchas en cuyo examen no podemos entrar ahora, porque ni el tiempo ni las circunstancias lo permiten.

---

(1) *Mihi vivere Christus est et mori lucrum: quod si vivere in carne hic mihi fructus operis est, et quid eligam ignoro, coarctor autem e duobus: desiderium habens dissolvi et esse cum Christo multo magis melius: permanere autem in carne, necessarium propter vos. Et hoc confidens scio quia manebo, et permanebo omnibus vobis ad profectum vestrum et gaudium fidei: ut gratulatio vextra abundet in Christo Jesu in me per meum adventum iterum ad vos. Tantum digne Evangelio Christi conversamini.—Phil., c. I.*

III.

Además, tan insigne virtud constituye, digámoslo así, el punto céntrico de la vida cristiana: ella es digna coronación de unas virtudes, y madre fecundísima de innumerables otras; cierto que comenzamos por la fe; pero no basta para la vida espiritual con creer: los demonios creen y tiemblan (1): nosotros debemos añadir la esperanza y la caridad. Es la fe la operación de la inteligencia, el asentimiento á la verdad revelada por la sublime autoridad de quien la propone; pero no sólo debemos á Dios el obsequio razonable (2) que se le ofrece creyendo, sino también, y muy principalmente, la ofrenda de nuestro corazón, pues de su mano lo hemos recibido, así como el entendimiento, y es justo que le sirvamos con todo nuestro ser. ¿De qué nos serviría creer sin amar? La fe no es el fin, sino el principio de las operaciones en que damos á conocer la vida del alma, porque se principia por el conocimiento; mas no conocemos sólo por conocer; el fin del conocimiento es el amor: la vida espiritual y moral del hombre, como si digéramos, todo el hombre se concentra en su corazón: dirige la cabeza, y obra el pecho, y aquí termina todo; creemos, pues, no sólo ni principalmente para ejercitarnos en la fe, sino para poder amar el Bien Sumo, centro de nuestra vida, fin de nuestras constantes aspiraciones, paz de nuestros espíritus, hartura divina de las almas.

Más aún, la fe sin el amor á Dios es imperfecta; el Apóstol Santiago la llama muerta (3), y se comprende bien: además de que no produce obras buenas, que son la demostración de nuestra vida espiritual, ¿cómo puede ser perfecta la fe de

(1) *Dæmones credunt et contremiscunt.*—Jac., c. II, v. 19.  
(2) *Rationabile obsequium.*—Rom., c. XII, v. 1.  
(3) *Fides sine operibus mortua est.*—Jac., c. II, v. 20.

quien juzga que puede vivir bien creyendo en Dios y sin amarle? Semejante delirio cabe sólo en cerebro que no esté sano, tal vez por estar el corazón corrompido. Entonces, daríamos á Dios lo que menos trabajo cuesta en cierto modo, y reservaríamos para las criaturas lo más florido y rico de nuestros dones. ¡Ah!, no: necesario es creer, pero por cuanto es necesario amar; si, por un imposible, se nos relevase de la obligación de amar á Dios, lo que vale tanto como decir de la obligación de amar el bien, no sería la fe necesaria; exigiría Dios á nuestra inteligencia un sacrificio de todo punto estéril. Comenzamos, pues, por la fe, y pasando ésta por el puente de la esperanza, viene á convertirse, digámoslo así, en amor, en la hermosa virtud de la caridad.

Pero, ¿acaso puede haber en nuestro pecho amor á Dios, sin amor al prójimo? El amor á Dios no es ni puede ser un sentimiento vago, indefinido, sin consecuencias prácticas: se ha de manifestar en las obras, cumpliendo la voluntad divina en todos los órdenes de la vida humana, y por tanto, realizando las ordenaciones de la sabiduría, providencia y justicia de Dios, en lo concerniente á nuestras relaciones con los demás miembros de la gran familia que todos los hombres constituimos.

Por otra parte, no se ha de olvidar que Dios puede y debe ser amado en sus obras, y sobre todo en su imagen: obra de Dios son las criaturas, y les debemos el amor correspondiente á su naturaleza; obra de Dios, y en el mundo visible la principal de todas, es el hombre, formado á imagen y semejanza del Altísimo, y no amaremos bien á Dios si no amamos á nuestros semejantes, en quienes lo vemos retratado. ¿Con qué derecho exigiremos del Señor que nos ame, si nuestro corazón está cerrado para los seres á quienes Dios ama y cuyo bien desea? Más aún: ¿no ha descendido el Hijo del Eterno, desde las alturas de su solio á la profundidad de nuestra tie-

rra, por el bien de todos los hombres? ¿No se ha encerrado en el seno de una mujer, tomando nuestra naturaleza para conversar con nosotros y poder presentar en el ara de la Justicia eterna el sacrificio de la salud y de la vida? ¿No ha derramado su sangre preciosísima para lavar á toda nuestra raza con ella? ¿Cuál es la región del mundo, cuál la rama de nuestra familia, cuál es el tiempo á que no alcance su caridad inmensa?; ¿cuál es el punto á donde no puedan llegar los rayos de su luz refulgente, ó el calor vivificante de su pecho sagrado? ¿Dónde está el hombre á quien excluya de su misericordia, ó á quien niegue los manjares de su banquete sacrosanto, hacia quien no extienda los brazos con ternura inevitable? Pues si Dios nos amó hasta dar por todos la vida, si á todos nos ama, y tenemos todos libre acceso á su corazón mientras queremos, ¿quién no conoce que si de nuestros semejantes nos apartamos negándoles nuestra caridad, nos apartaremos asimismo del concierto de amor que ha querido establecer el Hijo del hombre sobre la tierra?

Ved por qué decía el Apóstol San Juan en una de sus cartas: «Si digere alguno yo amo á Dios, y entretanto aborriere á su hermano, será mentiroso, pues el que no tiene amor para su hermano á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Y este mandato hemos recibido de Dios, á saber: que quien ame á Dios ame á su hermano (1).

Pero advertid, V. H. é H. M., que si hemos de ofrecer nuestro corazón al prójimo por amor á Dios, dicho quedará en esto mismo que la caridad no es sólo digna terminación

(1) In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit, et nos debemus pro fratribus animas ponere.—1. Joan., c. III, v. 16.—Si quis dixerit quoniam diligo Deum et fratrem suum oderit, mendax est. Qui enim non diligit fratrem suum quem videt, Deum quem non videt, quomodo potest diligere? Et hoc mandatum habemus á Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum.—Ibid., c. IV, vv. 20 et 21.

de las virtudes que se denominan teologales porque ordenan nuestras relaciones con Dios; sino que será también el principio y el alma de las que llamamos cardinales, que dan la norma de vida en nuestro comercio con la sociedad de los hombres; de lo cual se deduce que la caridad es la reina, madre y maestra de las virtudes: con ella nada falta, sin ella todo sobra; ó diremos mejor, todo es inútil. ¿No habéis admirado muchas veces las virtudes heroicas de los Santos? Y ¿dónde pensáis que podemos encontrar el secreto de tanta grandeza, tanto heroísmo, tan raras maravillas? No en otra cosa sino en la caridad. No en cierto modo en la fe, ni menos en la sabiduría, ni en la penitencia, ni en los grandes hechos, considerado todo esto en sí mismo; sólo en el amor, sólo en la caridad; el que más sobresalga en esta virtud será el más perfecto, será el más santo; y véase por qué nuestro divino Salvador llamó al precepto que á la caridad nos obliga, *su mandamiento*, como si no tuviera otro alguno que imponer á los hombres.

#### IV.

Pero ¿cómo podría no ser así? La caridad es no solamente cuanto queda dicho; es también bálsamo que puede curar nuestras dolencias; siempre lo fué; hoy con más razón podremos afirmarlo si fijamos la vista en los males que aquejan á la sociedad de nuestros tiempos.

No es oportuno ahora que tratemos de investigar las causas de las enfermedades gravísimas que padece la sociedad humana; tiempo tendremos, con el favor de Dios; y al dedicarnos á ese importantísimo estudio trataremos de aplicar el remedio: además, no há muchos días que resonó por el mundo la elocuente voz del Padre Santo, difundiendo por todas partes luz brillante de celestial doctrina; y si los hombres se atuvieran á esa enseñanza, no se necesitaría más para cica-

trizar las heridas que vemos abiertas en el cuerpo social, próximo á disolverse presa de una conflagración espantosa, si el Señor no trueca los corazones con el auxilio efficacísimo de su gracia. Lo que ahora podemos hacer es solamente fijar la consideración en los síntomas, ó diremos mejor, en algunos efectos producidos por tales causas.

Enfermedad moral característica de los presentes tiempos es el egoísmo que se revela casi en todos los órdenes de la vida: en el de las ideas, por el espíritu de independencia que lleva en último resultado á lo que absurdamente llaman el libre pensamiento; es decir, hablando con toda propiedad, al pensamiento esclavo de los errores, privado del espíritu de Dios, sin el cual no hay libertad verdadera (1): en el orden de los hechos se revela el vicio del egoísmo por el extraordinario afán con que se buscan los placeres, los intereses materiales, que los fomentan, y todo cuanto puede hacer la vida blanda y exenta de amarguras, como si esto fuera posible; y se busca, cuidándose, por regla general, muy poco, acaso nada, de las conveniencias y aun de las necesidades más legítimas de nuestros hermanos. Miranse muchos hombres á sí mismos; oyen las voces de la soberbia, la codicia y la molición que los dominan, y se dejan vencer de sus halagos sin curarse de los demás miembros de la familia humana, como no sea para que sirvan á sus pasiones.

La consecuencia inmediata es la relajación de los vínculos sociales, el menosprecio del principio de autoridad, sin el cual no puede haber orden, ni sombra siquiera de ventura: de ahí también proviene la constante lucha de clases, la indiferencia de muchos ricos relativamente á la suerte de los pobres; el odio con que miran muchos de aquestos á los favorecidos de la fortuna, y el estado de intranquilidad y de

(1) Ubi Spiritus Domini, ibi libertas.—2 Cor., III.

amenaza perpetua, viviendo sobre un hervidero de pasiones bastardas, y como quien estuviera en el cráter de algún volcán, sintiendo los estrépitos subterráneos precursores de una erupción asoladora. Y es lo peor de todo que no vemos en lo humano el remedio, porque hoy tenemos hartos motivos para decir de la casi generalidad de los hombres aquellas palabras del profeta: «Todos se han desviado de su camino: se han hecho juntamente inútiles» (1).

Verdad es que por lo mismo que de los medios naturales no podemos esperar la salud, se abre nuestro corazón á la esperanza y confiamos en la misericordia de Dios, que hizo sanables á los pueblos (2); y vendrá el remedio, no lo dudéis: vendrá cuando el Señor estime suficiente nuestro dolor para castigar nuestros pecados: entonces descenderá con eficazísima virtud el auxilio de la divina gracia; y pequeños y grandes, pobres y ricos, ignorantes y sabios reconocerán que no hay salvación sino en la doctrina de Jesucristo; que á la Iglesia es dado por Dios el resolver todos los conflictos, y que sólo prestando atentos oídos á las inspiraciones del Espíritu Santo, y haciendo que al egoísmo refinado de nuestros días sustituya la caridad cristiana con su abnegación admirable, con sus generosos sacrificios, con su tiernísimos afectos, sólo entonces podremos ver restaurado el orden social sobre sólidas bases, desapareciendo esta situación violentísima en que hoy vive la mayor parte de los Estados por no haber en ellos otro vínculo de unión que la fuerza.

Los hombres de nuestros tiempos, los pseudo-reformadores de la época presente buscan la solución de los problemas donde no han podido encontrarla, ni la encontrarán por mucho que la busquen; porque ni la diplomacia, ni la po-

(1) *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt.*—Ps. 13.

(2) *Sanabiles fecit nationes orbis.*—Sap., c. I., v. 14.

lítica, ni la ciencia sin Dios, ni la violencia pueden hacer más que multiplicar los males unas veces; otras, á lo sumo, aplazar, pero por breve tiempo las explosiones. Convenciéranse las gentes de que, como dijo San Pablo, «Jesucristo es nuestra paz; que vino á reconciliarnos y á formar de todos un solo cuerpo para Dios por medio de la Cruz, dando muerte á las enemistades en el sacrificio de sí mismo» (1); convenciéranse los hombres de tan luminosas verdades, y buscarían la salud en las únicas fuentes de donde brota, en las llagas del Salvador, crucificado por nosotros; y el imperio de la caridad restablecería el orden, é introduciría la felicidad en el mundo.

Véase por qué decía el mismo Apóstol en la propia carta donde constan las palabras antecedentes: «Os ruego que andéis de una manera digna en la vocación con que se os ha llamado, con perfecta humildad y mansedumbre, sufriendoos mutuamente por caridad. Conservad solícitos la unidad del espíritu, en el vínculo de la paz. Un cuerpo y un espíritu, según que habéis sido llamados en la misma esperanza de vuestra vocación. Un Señor, una fe, un bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que sobre todos está y por todas las cosas, y en todos vosotros» (2).

Y no podía menos de ser así; no podía menos el Apóstol de recomendar la caridad para que se conservase la unión

(1) Ad Eph., c. II, v. 14 et 16.—Ipse est pax nostra qui fecit utraque unum, et reconciliet... in uno corpore Deo per Crucem, interficiens inimicitias in semetipso.

(2) Ad Eph., c. IV, vv. 1 ad 6.—Obsecro itaque vos ut digné ambuletis vocatione qua vocati estis, cum omni humilitate, et mansuetudine cum patientia, supportantes invicem in charitate.

Solíciti servare unitatem spiritus in vínculo pacis.

Unum corpus et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocationis vestræ.

Unus Dominus, una fides, unum baptisma.

Unus Deus, et pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus vobis.

entre los fieles, porque la caridad es paciente, benigna, todo lo sufre, todo lo espera, y no busca lo suyo (1); y esto es precisamente lo que ha menester, pero con necesidad imperiosa y á todas luces clara, la sociedad, ahora y siempre.

Ni sirva de pretexto para emanciparse del suave yugo de Jesucristo, el desmedido amor á los derechos y la sed insaciable de libertad que devora los corazones, pues sobre que no hay derecho sin deber, sobre que la libertad realmente no puede consistir sino en la remoción de los obstáculos que nos impidan llegar al fin que á seres racionales corresponde, ya indicó el Apóstol, con la claridad suficiente, que la libertad verdadera por la caridad y por el cumplimiento de las obligaciones se obtiene, y por eso decía: « Hermanos, vosotros habéis sido llamados á la libertad, mas no para que por medio de la libertad déis ocasión á la carne, sino para que por la caridad del espíritu os sirváis mutuamente, pues toda la ley en este sólo precepto se recopila y cumple: amarás á tu prójimo como á tí mismo » (2).

Esta es, V. H. é H. M., la gran virtud eficazísimamente recomendada en las páginas de los dos Testamentos, sobre todo en el nuevo, pues había de resplandecer en la Ley de gracia con más esplendorosos fulgores: he aquí la virtud que por su excelencia y singularísima importancia se ha de considerar como el centro de la vida moral del hombre y el germen de su ventura: esta es la virtud que siempre ha sido causa de salud y principio de felicidad en los pueblos; pero más que nunca es necesaria en los días presentes, por lo

(1) 1 ad Cor., c. XIII.—Charitas patiens est, benigna est, ... omnia suffert, omnia sperat: non querit quæ sua sunt.

(2) Ad Gal., c. V, vv. 13 et 14.—Vos enim in libertatem vocati estis, fratres, tantum ne libertatem in occasionem detis carnis; sed per charitatem spiritus servite invicem.

Omnis enim lex in uno sermone impletur: diliges proximum tuum sicut teipsum.

mismo que han sido con ella desterrados de la sociedad el orden y el reposo. En fin, esta es la virtud á la que son llamados todos los hombres, todas las naciones, y, digámoslo así, todos los siglos; esta es la virtud eterna: cesará nuestra fe, pues la sustituirá la visión; ya no tendremos esperanza cuando poseamos el Bien Supremo; pero la caridad alentará en nosotros, y á su divino calor palpitarán nuestros corazones eternamente (1). Por eso, V. H. é H. M., al ir yo á vosotros y dirigiros por primera vez mi palabra, no he podido menos de hablaros repitiendo aquellas del Redentor: «Mi mandamiento es que os améis los unos á los otros.»

V.

Ahora, hijitos de mi corazón, gozo mío y corona mía (2), permitidme que repita completa la frase de nuestro divino Salvador: «Mi mandamiento es que os améis mutuamente;» á eso se dirigirán todos mis esfuerzos, á restañar la sangre que brota de las heridas abiertas en el cuerpo social; á restablecer la paz en Jesucristo, saltando por encima de todo lo terreno, para poner la mira en lo divino; recibiendo con paternales brazos á todos los hombres que de buena voluntad quieran la salud, vengan de donde vinieren, sin pedirles su filiación política, sino el testimonio de su fe; porque no hemos sido puestos por el Espíritu Santo los Obispos para descender á la tierra; sino para levantarnos, cada cual con su grey, al cielo. Deseamos, pues, que os améis mutuamente, y lo deseamos de todo corazón; pero queremos añadir: amaos los unos á los otros á la manera que os amé. Si, V. H. é H. M.,

(1) 1 ad Cor., c. XIII, v. 8.—Charitas nunquam excidit.

(2) Ad Philip., c. IV, v. 1.—Gaudium meum et corona mea.

el amor que os tengo es muy grande, tanto, que se manifiesta en el sacrificio. Creedlo firmemente; ya lo indiqué al principio de aquesta carta; yo, aceptando el episcopado, me abrazo á una pesada y dolorosa cruz; heme ofrecido en aras de la divina voluntad al más costoso sacrificio que me ha exigido hasta hoy la divina Providencia; sacrificio de mi reposo, si alguno tenia; sacrificio de mis aficiones predilectas; sacrificio, sobre todo, de mis más puros afectos. Confieso mi flaqueza: es muy temprano todavía y ya me cuesta el episcopado hartas lágrimas, y mi corazón ha sido torturado ya por hartos dolores; nadie que me conozca y sepa en lo que yo me ocupaba para glorificar á Dios, puede ignorarlo; pero el Señor me impuso la carga, y jamás iré, así me asista, contra su adorable voluntad. Acepté, pues, ya os lo dije, por el amor de Dios que me lo mandaba, y voy á vosotros por cuanto Dios lo quiere. Probado está con esto que os amo y que mi amor se ha significado en el sacrificio.

Si me habláis de autoridad, os diré que cuidadosamente, durante mi vida sacerdotal, he procurado no ejercerla; si me habláis de dignidades, sabed que con empeño he procurado siempre, por la misericordia del Señor, no aceptarlas; si me habláis de bienes terrenos, sabed que los tengo todos, porque todo me sobra. Hijos amadísimos, voy á vosotros sólo por Dios, y por Dios siempre os amaré, y si necesario fuere, cien vidas que tuviera las daría de buena voluntad por vosotros.

Oid, pues, amadísimos hijos, la voz de vuestro Pastor, y amaos mutuamente. Las dignas autoridades amen con paternal amor á los subordinados, pues quien ejerce potestad, por Dios la ejerce, y para su gloria y el bien de aquellos á quienes gobierna. Los llamados á obedecer oigan en los que mandan la voz de Dios, siempre que á las divinas leyes no se opongan los mandatos; y en este concierto de amor, de

caridad verdadera en Jesucristo, encontraréis la dicha de los pueblos.

Vosotros, Ministros del Señor, cooperadores amadísimos en la grande obra de santificación de las almas, mucho espero de vuestra ciencia, de vuestra docilidad y demás virtudes; bien sabéis cuánto nos exige nuestro divino Salvador, y con cuán grande abnegación debemos corresponderle; humanamente nada podemos, y si olvidando nuestra misión buscamos la tierra, seremos causa de ruina; pero con la gracia de Dios lo podemos todo, y si levantamos nuestros ojos al cielo brotarán flores de virtudes donde sentemos nuestra planta.

Contamos con eficaz auxilio: mientras nosotros peleamos en la llanura, las virgenes consagradas á Dios, las esposas del divino Cordero levantarán sus brazos en la montaña, y pedirán al cielo por nosotros; y algunas, alzando el corazón á las regiones inmortales, nos ayudarán en la pelea sirviendo á los pobres, acudiendo en la medida de sus fuerzas y de la manera que consiente su sexo á socorrer las necesidades que la sociedad siente y lamenta. ¡Oh! amadísimas hijas, orad, santificaos, y seréis madres de los pueblos por las virtudes.

Jóvenes que os educáis á la sombra del santuario para entrar un día en él y ofrecer á Dios la Hostia Santa: sois mi esperanza y mi consuelo; las pupilas de mis ojos: vuestro perfeccionamiento en las ciencias y en las virtudes será el principal objeto de mi estudio y mis más vehementes afanes.

Pueblo todo que me ha encomendado Dios, hijos amadísimos, mi corazón es vuestro, porque así lo ha querido Aquel en cuyas manos está la suerte de los hombres: ni seré para vosotros otra cosa que Padre, ni espero que seáis sino fieles y amantes hijos.

Amemos á Dios, y amémonos todos mutuamente con la más intensa caridad: pongámonos para conseguirlo bajo el patrocinio de la excelsa Madre de Jesús, María Santísima, cuya

sagrada Imagen veneramos en ese Pilar incommovible que desafía las furias del averno. Ella es nuestra Patrona, ella nuestro consuelo, nuestra fortaleza y esperanza: podemos descansar á la sombra de su manto bendito si seguimos los ejemplos de los siervos de Dios que han llenado esa tierra y el mundo con sus virtudes. Sea, pues, la Reina de los cielos, la Virgen del Pilar, nuestro lazo: bendita sea: ella nos bendiga y nos alcance las bendiciones divinas, en prenda de las cuales Nos, de lo más íntimo del alma os bendecimos en el nombre ✠ del Padre, del ✠ Hijo y del ✠ Espíritu Santo.

En Granada, día de nuestra consagración episcopal, fiesta del Inmaculado Corazón de María Santísima, 23 de Agosto de 1891.

✠ Maximiano, Obispo de Teruel.



POR MANDADO DE S. S. I. EL OBISPO NI SR.

Dr. Andrés Vilchez,  
Pro.

Advertencia: Esta Pastoral será leída en todas las Iglesias parroquiales y filiales de nuestra jurisdicción, al ofertorio de la Misa mayor, el primer día festivo después de recibirla.

